

escrito a máquina

Carta a mis
amigos liberales

Sobre el apego
a las esencias
y no a las palabras



No vamos a negar que en el pasado la actitud "laicista" del liberalismo —a pesar de que se ejerció, casi siempre, con marcada hostilidad contra la Iglesia Católica— acabó causando un beneficio a la misma Iglesia, porque fue una de las presiones que la obligó a emanciparse de los poderes de la tierra, rasgando aquella vieja "alianza del trono y del altar" que había degenerado en una ingerencia desastrosa de la política en la religión y en una peligrosísima confusión del plano temporal y del plano espiritual.

De una actitud hostil Dios sacó provecho para el desarrollo de su Iglesia. La forma en que las adherencias del pasado —inevitables, por otra parte, por cuanto el Cristianismo se desarrolla dentro de la Historia— fueron cortadas y el proceso de liberación que se ha operado en la Iglesia hasta conseguir la altísima, por no decir augusta autonomía de que goza hoy, es para el creyente uno de los capítulos donde más claramente se revela la misteriosa energía —que el cristiano llama Providencia— que perenniza al Cristianismo en una constante renovación. Cualquiera entidad solamente humana se hubiera asfixiado bajo la absorción de la monarquía absoluta, en el viejo régimen, o posteriormente, bajo el intento absorbente de la poderosa burguesía capitalista. Pero lo que hizo perecer a esos poderes temporales más bien sirvió de purificación y de rejuvenecimiento al Cristianismo que se presenta hoy —no esporádicamente, sino en la plenitud de un Concilio— en el punto más finamente equilibrado de su acontecer Divino-Humano, de su mensaje Espiritual-Histórico, de su presencia Eterna-Temporal.

El mundo entero ha anotado esta liberación o liberalización de la Iglesia para usar un vocablo más grato al liberalismo de Nicaragua. Ella se ha despojado oficialmente incluso de lo que la Historia le había dado por su riquísimo aporte a esa Historia. La Iglesia del Concilio, la Iglesia que llegó a la India, a Israel, a la ONU en la persona de su Pastor Pablo VI es la Iglesia de la libertad: la de Cristo desnudo que resucita y ni siquiera abre las puertas (no fuerza las puertas, ni la de los Estados, ni las de las conciencias) sino que se presenta a dar lo suyo. Y dice: "La PAZ sea con vosotros".

Ante esa Iglesia resulta anacrónico un Estado que cierra puertas en nombre de la libertad. La palabra "laicismo" trataba de impedir la ingerencia de un poder equívocamente mezclado de trono y de altar. Ahora eso no existe. El problema actual del hombre es completamente distinto y no podemos seguir empleando palabras que envejecieron en su significado, ante situaciones absolutamente diversas. Al contrario, si el "laicismo" liberal lo que buscaba ayer era la libertad religiosa; hoy, ante el cambio del mundo, la palabra "laico" impide más bien esa libertad. Ahora esa palabra, fuera de su tiempo, es un tapón que impide en la enseñanza la circulación de la libertad. Ahora, puesta allí, sólo "concede libertad de enseñanza a los ateos y a los que no tienen religión alguna", es decir, en vez de abrir la puerta a la libertad, se la cierra.

Toda palabra que pierde su significación es un peligro usarla; como es un peligro ingerir una medicina que se ha vencido.

El liberalismo debe insistir en lo esencial que le es propio: insistir en la libertad; pero no aferrarse a una palabra que las esencias de ese liberalismo han superado. La "enseñanza laica" ya no es liberal porque ya no es "libertad de enseñanza". Enseñanza laica en un Estado donde hay libertad de cátedra, donde hay miles de colegios particulares, sólo significa una cosa: que el hombre sin recursos no puede obtener para sus hijos la enseñanza religiosa.

Proclamar ese privilegio sólo para los afortunados, cerrar al pobre —cerrar al que se ve necesitado de enseñanza gratuita— la parte más esencial de su educación; negarle, porque no tiene dinero para pagársela, la plenitud de su formación, no es liberalismo, sino una ofensiva proclamación de privilegio. Es imitar para una minoría el perfeccionamiento espiritual y lanzar al pueblo pobre al horror del analfabetismo moral, al oscurantismo espiritual e incluso a la delincuencia...

Yo pediría al verdadero liberal —al que sostiene la lucha por la libertad en las líneas de avanzada del mundo moderno— que piense en estas realidades precisas y no en apegos románticos. No se pide, nadie pide enseñanza católica obligatoria, sino libertad de enseñanza religiosa. No se trata, por tanto, de quitar una palabra símbolo, sino de desarrollar su significado de libertad. Se trata de que nos pongamos al día. Y que aquellos que tienen en su historia hermosas páginas de lucha contra los privilegios, no vengán al cabo a convertirse en los sostenedores del más odioso de los privilegios: el de la religión sólo para los ricos!